

NOTA DEL AUTOR

A LO LARGO DE ESTE LIBRO hablo de lugares que tienen una importancia especial para mí. Pero este no es un libro de viajes ni pretende animarte a explorar tierras remotas que no tienen ninguna relevancia para tu propia experiencia cotidiana de la vida. En absoluto. Por el contrario, pretende invitarte a sumergirte de lleno en tu propio entorno, a cultivar una relación íntima con su paisaje, a acabar dependiendo de él; a encontrar tu sitio dentro de tu propio sitio. Eso ya es tarea suficiente, te lo aseguro. Como escribió Patrick Kavanagh en su ensayo «The Parish and the Universe», «conocer del todo incluso un solo prado o un solo terreno es una experiencia para toda una vida».

Intercalada en estas páginas está la historia de uno de esos lugares, la isla Gran Blasket, y del vigoroso pueblo que vivió a duras penas de su tierra arenosa y de sus turbulentos mares hasta su evacuación en 1953. Como esa historia sobre la conexión, la pérdida y la esperanza se desarrolla fuera del ritmo estacional del resto del libro, he señalado con letra cursiva aquellos fragmentos en los que la narración se aleja del paisaje de mi zona, Knockmoyle, y penetra en el mundo desaparecido del «tiempo de Blasket».

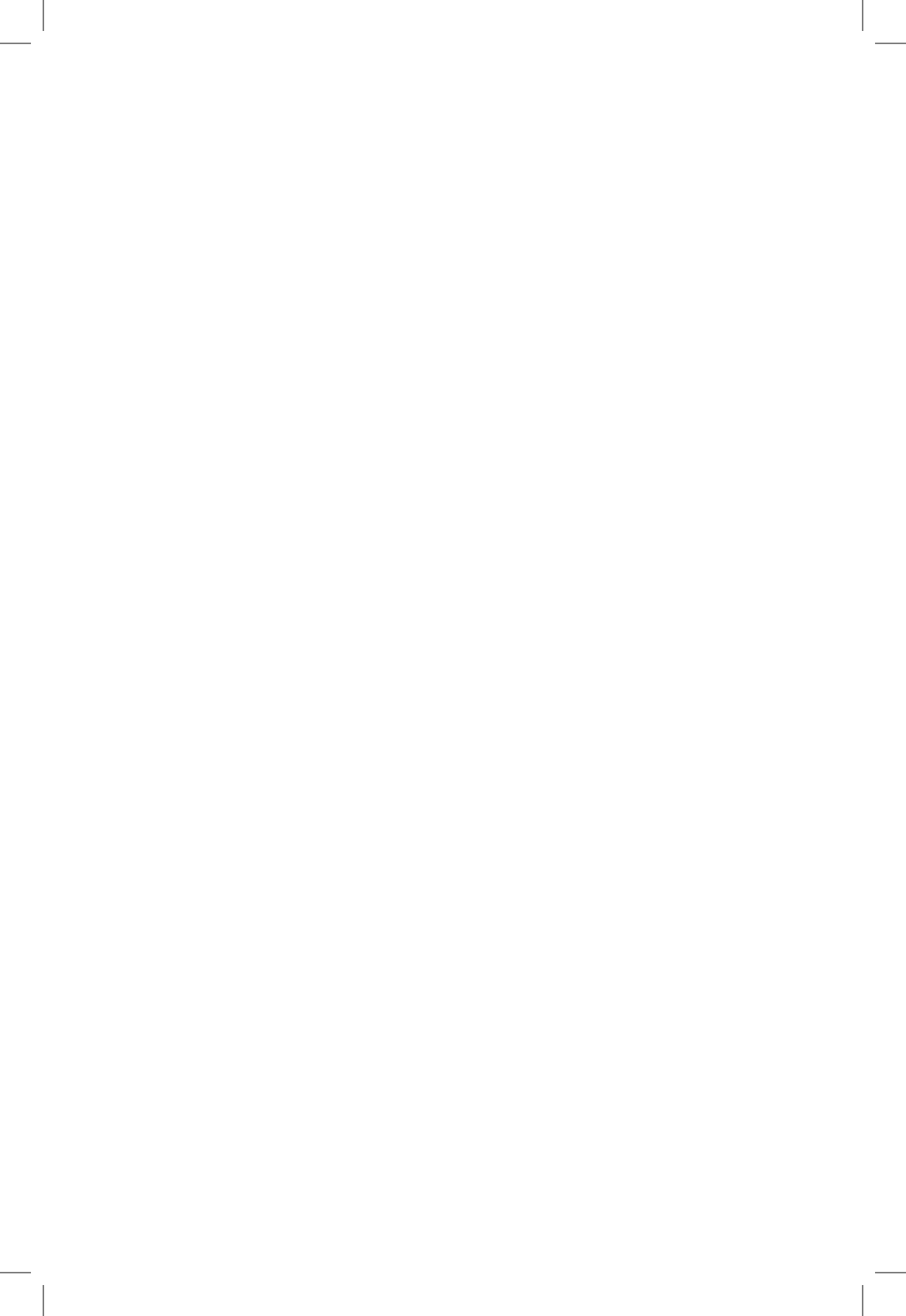
Los libros suelen tener la mala costumbre de atraer un turismo desconsiderado a los lugares que dan a conocer. Una consecuencia de esto puede ser que la esencia de esos lugares y aquellas cosas por las que de entrada tenía interés escribir sobre ellos queden diluidas. Si aun así sientes el impulso de visitar los lugares revelados en estas páginas y tienes buenas razones para ello, lo único que te pido es que te plantees hacerlo de una forma que sus habitantes, o los espíritus que aún viven entre ellos, vayan a recibir con agrado.

Los lugares con personalidad están llenos de personajes, algunos de ellos humanos. Todos los que menciono en este libro son reales, como también lo son las historias y reflexiones que han compartido conmigo. Para proteger la intimidad de mis vecinos, sin embargo, he utilizado nombres ficticios para referirme a ellos. En el improbable caso de que un día alguno se tropiece con un ejemplar polvoriento de este libro, estoy seguro de que se reconocerá a sí mismo, así como a unos cuantos de los demás personajes, y le hará gracia. Al resto del mundo no deberían importarles otros nombres y caracteres que los de sus propios vecinos, humanos y no humanos.

PRÓLOGO

He escrito con todo detalle sobre muchas de las cosas que hacíamos, pues tenía el deseo de que en algún lugar quedará todo recogido para que así pueda recordarse, y he intentado a toda costa reflejar el carácter de mis paisanos para que, cuando ya no estemos, sobreviva alguna huella de lo que fuimos, pues pertenecemos a una clase de gente que ya nunca volverá a existir.

TOMÁS Ó CRIOMHTHAIN,
An t-Oileánach [El isleño] (1929).



LA VÍSPERA DEL DÍA EN que iba a empezar a vivir en una cabaña, sin electricidad y sin ninguna de las comodidades que había dado por sentadas durante la mayor parte de mi vida –teléfono, ordenador, bombillas, lavadora, agua corriente, televisión, herramientas eléctricas, cocina de gas, radio– recibí un correo electrónico (quizá el último que vaya a recibir en mi vida) de un editor. Había leído un artículo mío en un periódico, que se había publicado unas horas antes, y quería saber si me plantearía escribir un libro sobre mis experiencias.

Un año antes, la primera vez que pensé en construir la cabaña –los cimientos de lo que esperaba que fuera una forma de vida más sencilla–, llegué a la cruda pero realista conclusión de que, quitando mis diarios personales, probablemente nunca fuera a volver a escribir. Me habían dicho que los editores ya no aceptaban textos manuscritos como los de la época de D. H. Lawrence, sobre todo de alguien que no fuera ningún D. H. Lawrence, por lo que creía que mi decisión de empezar a utilizar herramientas menos complejas y más convivenciales supondría el fin de mi única fuente de ingresos económicos. Lo asumí, ya que, tomando prestadas las palabras del escritor y pensador trascendentalista del

siglo XIX Henry David Thoreau, siempre había defendido que es más importante «levantarse y vivir» que «sentarse y escribir». Aun así, la perspectiva de no volver a escribir me tenía intranquilo.

De modo que el correo del editor fue una sorpresa. Le dije que sí estaba interesado. En aquel momento no tenía ni idea de cómo podría hacerse, si es que iba a poder hacerse. Llevaba toda mi vida adulta utilizando ordenadores para escribirlo todo, desde trabajos y tesinas hasta artículos y libros. Ya estaba descubriendo que escribir a mano no solo era un arte completamente distinto al de escribir con una máquina, sino que requería emplear una forma totalmente nueva de pensar. Ya no tendría la comodidad y la inmediatez de teclear las palabras o buscar información en internet, no podría utilizar el corrector ortográfico, copiar y pegar, borrar cosas con total facilidad. Si tenía que reordenar el texto de una página, tendría que empezarla de nuevo. Me preguntaba cómo sería el proceso de edición de un libro sin la comunicación instantánea a la que se ha acostumbrado el sector editorial de la modernidad. Me costaba concebir cómo iba a ser posible. Había cien motivos por los que podría no funcionar, así que cogí el lápiz y me puse a hacer que, en vez de cien, fueran noventa y nueve.

Casi diez años antes de decidir desconectarme de la civilización industrial, empecé a vivir sin dinero para lo que al principio iba a ser un experimento de un año. Acabó durando tres años y desde entonces el dinero solo ha tenido una presencia limitada en mi vida. Llegados a este punto, seguramente estés pensando que soy una persona con graves tendencias masoquistas. No me extraña.

Aunque parezca raro, lo contrario se acerca más a la verdad. Expresiones como «renunciar a», «vivir sin» y «dejar» siempre entrañan el riesgo de sugerir privaciones, sacrificios y limitaciones, de recalcar aquello que se pierde y no lo que

se puede ganar. Es más probable que digamos que los alcohólicos van a «dejar la bebida» que a «ganar buena salud y mejores relaciones sociales». Según mi experiencia, ganar y perder son una constante en las vidas de todos. Siempre estamos haciendo elecciones, seamos o no conscientes. Durante la mayor parte de mi vida, por razones que parecían perfectamente sensatas, elegí el dinero y las máquinas y escogí inconscientemente vivir sin aquello a lo que estas dos cosas habían reemplazado. La pregunta que nos concierne a todos, por lo tanto, y que rara vez nos hacemos, es la siguiente: ¿qué estamos dispuestos a perder y qué queremos ganar en nuestro transitar a tientas por nuestras cortas y valiosas vidas?

Igual que ocurrió con este libro, la víspera del día en que iba a empezar a vivir sin dinero —«vivir con la naturaleza» sigue sonando demasiado cursi— me preguntaron si estaba interesado en escribir un libro sobre mis experiencias. Un año más tarde, el libro adoptaría ese título, *Vivir sin dinero*, y yo mismo empezaría a ser conocido como «el hombre que vive sin dinero». Contenía la historia de todas las dificultades, enseñanzas, milagros, penalidades, alegrías, errores y aventuras que había vivido durante el primer año que pasé viviendo sin dinero. Cuando estaba escribiendo el libro, mi editor me pidió que redactara un breve capítulo en el que aclarara las «reglas del juego». Como el dinero es algo fácil de definir, las reglas eran sencillas: no podría gastar ni recibir ni un solo penique durante al menos un año. Dado que mis motivaciones eran ecológicas, geopolíticas y sociales, además de personales, llegué hasta extremos absurdos para no utilizar los frutos de un sistema monetario global sin el cual estaba intentando vivir. En última instancia, sin embargo, las limitaciones que me autoimpuse eran relativamente claras y sencillas: no utilizar dinero.

Por eso, cuando el editor que me propuso escribir el libro que estás leyendo ahora me pidió que aclarara las reglas

de mi vida sin tecnología, debió de parecerle una petición razonable. A mí, sin embargo, inmediatamente me causó cierta intranquilidad. A diferencia de lo que ocurre con el dinero, no es fácil trazar una línea que separe claramente lo que es tecnología de lo que no lo es. El lenguaje, el fuego, un *smartphone* y un hacha –hasta el lápiz con el que estoy escribiendo estas palabras– podrían considerarse tecnología, aunque yo prefiero no pintar la vida con unos brochazos tan gruesos. La cuestión de dónde poner el límite (¿en la Edad de Piedra?, ¿la Edad de Hierro?, ¿el siglo XVIII?) se volvió una pregunta imposible desde el momento en que las palabras mismas pueden considerarse tecnología, y cuanto más reflexionaba sobre los años que había pasado viviendo sin dinero, menos importante me parecía encontrar la respuesta perfecta.

Además de eso, aquellos años me enseñaron que las reglas tienen tendencia a convertir la vida en una partida que tienes que ganar, una dificultad que tienes que superar, y a crear la clase de supuestos en los que todo es blanco o negro a los que es propensa nuestra sociedad. Mi vida es mi vida y es proclive a las mismas contradicciones, complejidades, concesiones, confusiones y conflictos que la de cualquier otro. A menudo mis ideales van un paso por delante de mi capacidad para encarnarlos plenamente, y eso no tiene nada de malo. De hecho, como veremos más adelante, me pregunto si la hipocresía no será el ideal supremo.

Tenía muy claro que, si iba a escribir un libro sobre mis experiencias, este debía reflejar el que era el verdadero objetivo de dejar la tecnología: explorar en profundidad qué significa ser humano –con todas sus hermosas complejidades, contradicciones y confusiones– cuando se eliminan las distracciones, las cosas que nos desconectan de nuestro entorno inmediato.

Diez años después de aquella otra experiencia, me siento más atraído por explorar de forma sincera la complejidad

de la simplicidad y menos inclinado a llevar la razón. En el núcleo de mi estilo de vida está el intenso deseo de descubrir qué sentirá uno al integrarse en el paisaje que le rodea, utilizando solamente herramientas y tecnologías (si es que tengo que llamarlas así) que, como a los amish de la Antigua Orden en Norteamérica, no me obliguen a estar en deuda con instituciones y fuerzas que no tienen ninguna consideración por los principios y valores según los cuales quiero vivir mi vida. Y a continuación, como inevitablemente la vida tirará de mí en otras direcciones, lejos de la simplicidad de la cabaña y la finca —una simplicidad conseguida a base de mucho esfuerzo— y hacia una sociedad que a cada minuto que pasa parece más cautivada por la realidad virtual, tener la libertad de relatar con franqueza y sinceridad las concesiones que tenga que hacer y los dilemas a los que me enfrente. En la medida en que existen reglas que rijan mi vida, esto es lo más que puedo decir.

Dentro de las limitaciones de la palabra para describir la realidad con precisión, el primer capítulo de este libro trata de transmitir una idea del paisaje del que estoy intentando entrar a formar parte y de la cabaña en la que dio comienzo mi nueva vida. El resto hace un recorrido por las estaciones del año y muestra cómo voy deshaciéndome de las distracciones cuya conveniencia, según he acabado pensando, nos está destruyendo de distintas formas. Las siguientes páginas, por lo tanto, no son tanto la historia de un hombre que vive sin tecnología como una serie de observaciones, cuestiones prácticas, conversaciones con vecinos, aventuras y reflexiones que espero que ayuden a comprender la vida de alguien que ha intentado eliminar los excesos de la modernidad para regresar a los componentes básicos de la existencia.

De hecho, ahora que lo pienso, este libro tiene muy poco que ver conmigo.